

recurrir ante todo al arbitraje obligatorio ante una Asamblea General compuesta por dos Ministros Plenipotenciarios por cada parte", que debería reunirse cada dos años, durante tres meses o más, en punto adecuado de cualquiera de los territorios confederados.

El principio jurídico internacional que sienta esa parte del Tratado, principio ideado por el propio Libertador, se dice hoy que fué el germen de la Liga de las Naciones que creó el Presidente Wilson al terminarse la gran guerra europea, durante la famosa conferencia de Versalles. Los tratadistas reconocen a Bolívar como generador del principio sobre el cual se piensa hoy como medio único de conseguir la paz universal.

Lástima es que la labor del Congreso de Panamá no llegase jamás a tener una aplicación práctica. El Tratado y sus Convenciones adicionales no tuvieron nunca otro carácter que el de letra muerta para las naciones que lo suscribieron. No obstante, sus principios generosos han sido aprovechados por otros pueblos, y siguen siendo la base del ideal político americano.

Quizás la simiente plantada hace cien años, germine ahora al reunirse de nuevo en Panamá los delegados de las naciones que concurrieron entonces y los de las que, habiendo sido invitadas, no concurrieron en aquellos días por una u otra causa, pero que no dejarán de hacerlo para celebrar el centenario de aquel Congreso admirable.

EL CONGRESO BOLIVARIANO DE PANAMA

Impresiones del Delegado de Colombia, Doctor Eduardo Posada.

Tomado de *El Espectador*, Bogotá.

Acaba de regresar a la ciudad el doctor Eduardo Posada, delegado de Colombia al Congreso Pan-Americano de Panamá. Uno de nuestros redactores le solicitó su opinión y noticias sobre las tareas del congreso, y el doctor Posada le contestó en estos términos:

—El congreso era bien numeroso, pues además de los delegados de los gobiernos americanos asistieron a él representantes de institutos y academias. En la sesión preparatoria fue designado como presidente el Secretario de Instrucción Pública, señor Octavio Méndez, quien había sido el promotor y organizador del congreso. En Panamá, como en los Estados Unidos, los miembros del gabinete no llevan el título de ministros sino el de secretarios. Se resolvió también que los jefes de cada delegación fueran los vicepresidentes. Como secretario se confirmó, igualmente por aclamación, el nombramiento que había hecho el gobierno en el señor Julio Guardia, quien residió entre nosotros hace algún tiempo como encargado de negocios de Panamá. En estos congresos no se hacen elecciones con papeletas. Para el despacho de los trabajos se dividió el congreso en cinco secciones o comisiones y de una de ellas, la segunda, tuve el honor de ser designado presidente.

Otro día fue la sesión inaugural, la que tuvo lugar en el Teatro Nacional. El presidente de la república pronunció allí un discurso declarando abiertas las tareas y luego hablaron en breves palabras los jefes de cada delegación y se tocaron a

final de éstas los himnos nacionales respectivos. El señor ministro de los Estados Unidos habló en inglés y el delegado de Haití en francés. Fue, pues, como lo dice en Cali, la apoteosis de Bolívar en tres lenguas. En nombre de la delegación colombiana habló el señor De la Vega, con elocuentes frases, que fueron bien acogidas. Esas arengas no duraron cada una de ellas más de diez minutos. Las otras sesiones, que fueron cinco, se verificaron en el Instituto Nacional, que es un edificio magnífico.

Hubo también una reunión conmemorativa en el local donde se instaló el congreso de 1826. Ahí se pronunciaron varios discursos, entre ellos uno muy bello del señor Robledo, colombiano, que fue aplaudido con entusiasmo.

—Y qué asuntos se debatieron en esas cinco sesiones?

—Propiamente no hubo debates. En estos congresos internacionales el principal trabajo lo tienen las comisiones y ellas presentan las conclusiones respectivas. Estas fueron aceptadas casi sin objeciones. No hubo discusiones como en los parlamentos, sino breves observaciones. Reinó en toda la mayor armonía.

Este congreso era la celebración del que tuvo lugar hace un siglo. Se trataba, pues, principalmente, de glorificar a Bolívar, su iniciador, y a los que concurrieron a él; y de una tarea de acercamiento y de concordia entre las naciones americanas. Se convino que fuera un congreso conmemorativo y se prescindiera de delicadas cuestiones políticas.

Ya en Cali tuve el gusto de dar a Relator alguna compendiada relación de los trabajos del congreso, la cual podrán ustedes reproducir cuando llegue dicho periódico a esta ciudad, a fin de no repetir ahora esos detalles. También me ocupé en escribir el informe al señor Ministro de Relaciones Exteriores, del que habré de dar a ustedes una copia en todo lo que no pueda tener alguna reserva. Pero brevemente le diré las principales resoluciones:

Se formularon votos por la confraternidad, cooperación y solidaridad entre todos los pueblos del continente y porque desaparezcan todas las diferencias que subsisten aún entre ellos;

Se recomendó adoptar el principio de que todo acto contra una nación americana, con violación de los preceptos del derecho internacional, constituye un agravio para todas y debe provocar una acción uniforme;

Se pidió la intensificación de la educación intelectual y cívica de las razas indias;

Se resolvió celebrar espléndidamente el centenario de la muerte del Libertador y que se convierta entonces la quinta de San Pedro Alejandrino en un santuario de la libertad de América;

Se dio un voto de gracias a la Unión Panamericana y un saludo a la sociedad de americanistas de París;

Se inició la erección de un monumento a Henry Clay, patrocinador de nuestra independencia;

Se recomendó al afecto y reconocimiento de América la memoria de Alejandro Petión, protector de la expedición libertadora;

Se acordó reunir nuevamente el congreso en Caracas en 1930 y se hizo la excitación de formar sociedades bolivarianas en todos los países del nuevo mundo;

Se aprobó el proyecto de fundar la Universidad Bolivariana y se dieron las bases de ella;

Se reconoció la conveniencia de constituir una sociedad de las naciones de América, y

Se recomendó la idea de formar una compilación bolivariana con cuantos documentos puedan interesar a la múltiple y compleja personalidad del Libertador.

Fue, pues, intensa la labor en el propósito expresado de conmemoración y de fraternidad.

La comisión de la Sección IV, a la cual se presentaron trabajos relativos a educación pública, y de la cual también formé parte, presentó varias conclusiones sobre esta materia que fueron aceptadas, como la publicación de traducciones escogidas entre las publicaciones más selectas de América, especialmente de textos de historia, para ser publicados en serie. el acercamiento del profesorado de las dos Américas y el anhelo que los estudios biológicos, etnológicos, antropológicos e históricos del nuevo mundo fueran objeto de investigaciones más amplias. En esa comisión estuvieron los delegados de las universidades de los Estados Unidos y de la de Lima, de la Carnegie Institution y del profesorado de Panamá.

—Sus impresiones de Panamá?

—Son muy buenas. Gobierno y sociedad atendieron a sus huéspedes con elegancia y lujo. La ciudad de Panamá tiene servicios municipales espléndidos, como el pavimento de las calles, el acueducto, los hospitales etc. etc. Y en la república han tomado poderoso impulso, entre otros ramos, las carreteras y la instrucción pública. Se tiene allá cariño a los colombianos y se les atiende con especial afecto.

Entre los delegados de Colombia hubo completa armonía, y nos prestó acertados servicios el digno secretario de la legación, señor Eduardo Rueda.

Ya habré de enviar a su interesante periódico mayores apuntes sobre estos y otros asuntos.

1826.....1926

Por el Pbro. JOSE QUINZADA

Tomado de *El Tiempo*, Panamá,

Dos fechas enlazan una centuria; entre el ovoide con que se dibuja la trayectoria recorrida destacan como dos florones de luz el recuerdo y la esperanza, esto en el pasado y el porvenir.

Entre los puntos de esa línea inimaginaria en su tiempo habido, como fracción de lo eterno, se cuentan mezclados dolores y alegrías; efectos estos y aquellos de la ley de existencia; y es que la satisfacción jamás ha podido llegar al punto de su anhelo, cuando este es justo y sano, sin que los guijarros del camino hieran la planta del peregrino.

Los dolores, tintes que embellecen el cuadro de los esfuerzos, sean brumas que disipadas por los rayos del sol de la lucha, enaltecen, templan y animan. En cambio, las fruiciones alcanzadas sin las variantes que la naturaleza impone para ser hermosa, son satisfactorias muestras de espejismo en el desierto de la vida.

“Las injusticias extremas son útiles: ellas, sembradoras de coleras sagradas, han despertado el genio, han revolucionado los pueblos y han fecundado la historia.”

No hay amanecer sin noche; si el horizonte que hoy divisan nuestros ojos está cargado de nieblas, mañana irradiará la aurora.

Panamá, patria amada “Tu, la huérfana al comenzar el siglo XIX: la que estuvo en proyecto de compensación por la independencia sur-americana; la que emancipada por su propio esfuerzo se unió libre y espontáneamente a Colombia la Grande, sugestionada por el Genio glorioso de aquella época; Tú, la que en el más amplio gesto de fraternidad y altruismo universal proclamas la República “PRO MUNDI BENEFICIO”. hoy enarbelas muy alto la bandera de la unión americana y en cumplimiento de la predicción de Bolívar te empeñas en conquistar voluntades y en elevar los corazones hasta que el ideal flote augusto como un palio sobre la conciencia del Continente Americano. Panamá, tu debilidad es tu fuerza; el derrotero de tu destino está pleno de promesas; y constituye el progreso en marcha ascendente; no te conformes con el recuerdo del pasado; tu eres la esperanza; continúa forjando el porvenir.

EL CENTENARIO DEL PRIMER CONGRESO PANAMERICANO

Por ANTONIO JOSÉ URIBÉ

Tomado de *La Prensa*, Bogotá

Una de las más grandes preocupaciones del Libertador era la de consolidar la independencia de Hispanoamérica y atender al engrandecimiento de las repúblicas emancipadas de España por medio de la confederación de todas ellas. Su imaginación vívida le presentaba este proyecto con los colores más hermosos y le hacía entrever las grandes ventajas que de su realización reportaría este Hemisferio.

Su primitiva concepción fue infinitamente más dilatada, universal. En 1815, en su profética carta de Jamaica, decía: “Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola Nación, con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. ¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto Congreso, compuesto de los Representantes de las Repúblicas, Reinos e Imperios, a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras tres partes del mundo. Esta especie de Corporación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra generación”.

Pero en 1818 su aspiración se limitaba a un pacto continental americano, y desde Angostura escribía, en efecto: “Luégo que el triunfo de las armas de Venezuela complete la obra de la Independencia o que circunstancias más favorables nos permitan comunicaciones más frecuentes y relaciones más estrechas, nosotros nos apresuraremos con el más vivo interés a establecer por nuestra parte el pacto americano que, formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo político, presente

la América al mundo con aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La América así unida, si el Cielo nos concede este deseado voto, podrá llamarse la Reina de las Naciones y la Madre de las Repúblicas". (1).

Cuatro años después, la idea tomaba cuerpo, limitándola a la América antes Española, como arriba hemos dicho.

Según el Libertador, la consolidación de este grande organismo, debería resultar del ejercicio de una autoridad sublime encargada de dirigir la política de nuestros gobiernos, cuyo influjo mantuviese la uniformidad de sus principios y cuyo nombre sólo bastaría para calmar nuestras tempestades. Tan respetable autoridad no podría existir sino en una Asamblea de Plenipotenciarios nombrados por estas repúblicas y reunidos sobre los auspicios de la victoria obtenida por nuestras armas contra el poder español.

Penetrado de estas ideas, invitó, en 1822, como Presidente de Colombia, a los gobiernos de Méjico, Perú, Chile y Buenos Aires para que formasen una confederación y reuniesen en el Istmo de Panamá una Asamblea de Plenipotenciarios de cada Estado "que nos sirviese de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete de los tratados públicos, cuando ocurran dificultades, y de conciliador, en fin, de nuestras diferencias".

En armonía con estos anhelos, Colombia celebró, el mismo año de 1822, un tratado de alianza y confederación con el Perú, por el cual quedaron ambas partes comprometidas a interponer sus buenos oficios ante los gobiernos de la América, antes Española, para que, entrando todos en el mismo pacto, se verificase la reunión de la Asamblea general de Plenipotenciarios. Lo propio se hizo con Chile el 21 de octubre de 1822 y con México el 3 de octubre de 1823.

Un año más tarde, la antevíspera de la batalla de Ayacucho, el 7 de diciembre de 1824, Bolívar encargado del mando supremo en el Perú, invitaba a los gobiernos de las otras naciones de América para que enviasen sus representantes al Istmo de Panamá, con el fin de efectuar la Asamblea general que tanto había deseado, "cuyas ventajas se aumentarían prodigiosamente, decía, si se contempla el cuadro que nos ofrece el mundo político, y, muy particularmente, el Continente europeo".

"Parece que si el mundo hubiese de elegir su capital, agregaba, el Istmo de Panamá sería señalado para este augusto destino, colocado como está en el centro del globo, viendo por una parte al Asia, y por otra al Africa y a Europa. El Istmo de Panamá ha sido ofrecido por el gobierno de Colombia para este fin, en los tratados existentes. El Istmo está a igual distancia de las extremidades, y por esta causa podría ser el lugar provisorio de la primera Asamblea de los confederados."

Exaltada su imaginación patriótica, el gran Libertador concluía su circular con estas inflamadas palabras: "El día en que nuestros Plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes, se fijará en la historia diplomática de América una época inmortal. Cuando después de cien siglos la posteridad busque el origen de nuestro derecho público y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrará con

Y el 10 de febrero de 1825, en el admirable discurso pronunciado ante el Congreso del Perú, agregó: "Nuestras relaciones con la República de Colombia nos han proporcionado poderosos auxilios. Nuestra aliada y confederada no ha reservado nada para nosotros; ella ha empleado su tesoro, su marina, su ejército en combatir al enemigo común, como en causa propia. El Congreso observará por estas demostraciones de Colombia, el precio infinito que tiene, en el orden americano, la íntima y estrecha magnitud del bien que nos resultaría de la reunión del Congreso de Representantes. Me he adelantado a invitar, a nombre del Perú, a nuestros confederados, para que, sin pérdida de tiempo, verifiquemos, en el Istmo de Panamá, esa augusta Asamblea que debe sellar nuestra alianza perpetua Ligando por la mano las Repúblicas del Perú y de Colombia, daremos al ejemplo de la grande confederación que debe fijar los destinos futuros de este nuevo universo."

La Asamblea se reunió, en efecto, tan sólo con los Representantes de Colombia, Centro América, Perú y México —hace justamente un siglo, el 22 de junio de 1826 y se disolvió el 15 de julio, dándose cita sus miembros para Tacubayá, México.

El resultado de las negociaciones fue en primer lugar una confederación de los cuatro Estados, por medio de una liga militar que debía sostener un ejército de 60,000 hombres y una flota de tres navíos, diez fragatas, ocho corbetas, seis bergantines y una goleta, con un fondo de siete millones setecientos veinte mil pesos, que las cuatro Repúblicas debían pagar proporcionalmente, cosa en realidad excesiva para las posibilidades de aquellos Estados, en verdadera bancarrota, que no les permitía pagar siquiera sus empleados civiles y un ejército pequeño.

La genial concepción del Libertador no podía, así, tener ningún resultado inmediato, como él mismo lo reconoció después, al declarar que "el Congreso de Panamá, institución que debiera ser admirable si tuviera más eficacia, será una mera sombra, y sus decretos meros consejos." El grande estadista angloamericano Henry Clay lo llamó, sin embargo, desde entonces, "la piedra miliaria de una nueva época en la historia del mundo".

Y así ha sucedido, en efecto, pues el Congreso no se limitó a las estipulaciones de alianza, sino que sentó principios de la mayor trascendencia, relativos al mantenimiento de la paz, a la conciliación, la mediación, la transacción y el arbitraje, a la fijación de las fronteras, a la independencia política y a la garantía de la integridad territorial de los Estados, a la fraternidad y a la solidaridad entre ellos, al establecimiento de una común Asamblea consejera y moderadora, y a la condificación del Derecho Internacional, principios todos éstos, o casi todos, que informaron los pactos celebrados en los Congresos reunidos después, con análogo objeto, primeramente en Lima, en 1847, luego en Santiago, en 1856, y nuevamente en Lima en 1864, pactos que si no tuvieron consecuencias prácticas, por no haber sido ratificados, ejercieron sin embargo grande y provechoso influjo en las relaciones exteriores de la América Latina, conservando en ella el espíritu de solidaridad y cooperación y orientado su política internacional tanto en el Continente como respecto de Europa. Abandonada la idea de la confederación política, surgen los Congresos de carácter jurídico, con el fin de suprimir conflictos y de entrechar vínculos en el campo de la legislación positiva y de las decisiones de la jurisprudencia, como fueron el reunido en Lima en 1878 y el celebrado diez años más tarde en Montevideo, que acordaron muy importantes pactos sobre Derecho Internacional Privado.

Cincuenta y cinco años después de clausurado el Congreso de Panamá, el gran pensamiento del Libertador debía germinar en la invitación del Secretario de Estado angloamericano James G. Blaine, a los gobiernos del Continente, para reunir en Washington la primera de las cinco Conferencias Panamericanas verificadas de 1889 a 1923, "con el objeto de considerar y discutir los métodos de prevenir la

guerra entre las naciones de América, por medio de deliberaciones en que queden ampliamente garantizadas la igualdad e imparcialidad," que empiezan por la recomendación de un tratado uniforme de arbitraje y otras de índole meramente comercial y que se desarrollan luego por medio de pactos de carácter jurídico, económico, social, intelectual, científico, administrativo y finalmente político, próximos ya, en su última etapa, a crear una organización casi completa de la vida internacional americana, para acercarse así más y más a las nobilísimas aspiraciones, a las grandiosas concepciones del egregio iniciador de los Congresos internacionales de este Hemisferio.

Tocónos, en diciembre de 1924, representar a Colombia en las festividades que en la capital del Perú se celebraron para conmemorar el primer centenario de la batalla de Ayacucho, que terminó la guerra del Continente americano por la más gloriosa victoria de cuantas tuvieron las armas del Nuevo Mundo. Nueve años antes de la victoria final, Bolívar había expresado su anhelo de inaugurar algún día, en el Istmo, un angusto Congreso compuesto de los representantes de las repúblicas, de los reinos y de los imperios, para discutir sobre los intereses de la paz y la guerra entre todas las naciones del orbe. Nosotros tuvimos la dicha de presidir, con el ilustre Jefe del país en donde la batalla se libró, la última de aquellas fiestas, eternamente grandiosas y memorables, en que los Embajadores Extraordinarios de todos los Estados de Europa, de Asia, de Africa, de América, del universo entero, se congregaron, en el antiguo Imperio de los Hijos del Sol, para conmemorar y enaltecer la obra máxima del guerrero, del estadista, del creador de nacionalidades, del legislador, del orador elocuentísimo, autor de una obra única en la historia. En aquella fiesta, de esplendor incomparable, en el momento final de su dedicación, se escapaba, de aquel auditorio extraordinario y selectísimo, una elación unánime, que a todos nos hizo estremecer de gozo, que era la culminación de la apoteosis en que, de pie, todos los poderes de la tierra, consagraban la República continental del Nuevo Mundo, como asilo definitivo de la Libertad, como inmenso escenario para el trabajo de la humanidad atormentada de las antiguas monarquías, de los ya derruidos Imperios del orbe!

Allí, en aquel momento —que marcaba sin duda una nueva etapa en la historia— consignamos, ante un auditorio insigne, las ideas que siempre hemos sostenido sobre la necesidad de terminar, de una vez y para siempre, los enojosos litigios de fronteras, que durante un siglo han dividido, atormentado y retrasado estos pueblos, y que deben terminar, sobre bases de justicia y equidad, que garanticen la solidaridad y la cooperación fraternal en que han de desarrollarse en lo futuro. Lo contrario sería, dijimos, un crimen contra la civilización y contra los ideales que animaron la obra generosa de los Libertadores.

En aquellos mismos días nos fue grato, en asocio de nuestros eminentes colegas del Instituto Americano de Derecho Internacional, reunido en Lima, elaborar el proyecto de codificación del Derecho de Gentes, especialmente americano, inspirado en los principios de la igualdad jurídica y del mutuo respeto a la independencia y a la soberanía de las Repúblicas de este lado del Atlántico, ligados por un órgano permanente de conciliación y de cooperación, encargado de estrechar los vínculos de solidaridad que la naturaleza y la historia han creado felizmente entre ellas.

La nota dominante de aquellas fiestas —muy acentuada por el Presidente Le-guía— fue la de la restauración del ideal bolivariano, en cuanto a su glorificación histórica, y como programa para el porvenir, pues en los admirables papeles de Estado que salieron de la pluma fecunda e inspirada de Bolívar, se encierran sapien-

tísimas máximas y consejos, aún no suficientemente comprendidos o apreciados, que son perenne manantial de enseñanzas, que lo van destacando cada día en el mundo entero, por encima de los más insignes capitanes y de los más grandes estadistas que hayan jamás existido, en todos los tiempos, que lo presentan como el vidente de América, como su símbolo inmortal.

La más hermosa concepción del gran Libertador está pronta a realizarse: la codificación del Derecho Internacional. Hace más de un siglo que Bolívar proféticamente escribió: "El Nuevo Mundo debe estar constituido por naciones libres e independientes, unidas entre sí por un cuerpo de leyes comunes que regulen sus relaciones exteriores."

En este día, en que —al cabo de un siglo— se conmemora la fecha gloriosa de la reunión del Primer Congreso Panamericano, desde aquí, de pie sobre la cima de los Andes, saludamos, con alborozo, a la augusta Asamblea que ahora se reúne en el Istmo, rendimos nuevo y ferviente tributo de admiración y gratitud al Padre de la Patria y hacemos votos por la confraternidad, por la dicha y por el engrandecimiento de todos los pueblos de América.

PANAMA Y GINEBRA

Tomado de *La Crónica*, Lima, Perú.

Parece que va imponiéndose en el mundo internacional la doctrina del "continentalismo". Se habla, insistentemente, de la reorganización radical de la famosa Liga de las Naciones. El cable dice que ya se comienza a tomar en seria consideración las ideas y los principios de aquellos que trabajan por imponer los ideales y las aspiraciones encarnadas en la llamada doctrina continentalista.

Y es natural que así sea. Es natural que frente a la política excluyente de las viejas potencias militares de Europa, trabajen arduosamente para morigerar los egoísmos, los hombres que se esfuerzan por asegurar, sobre bases de justicia, la fraternidad y la paz entre las naciones. Estadistas agobiados por viejos prejuicios hablan insolentemente, despectivamente, de las jóvenes nacionalidades que habitan esta parte del mundo. Hay quienes repiten en todo momento que conviene a los intereses del viejo Continente, el alejamiento de las naciones americanas que en la actualidad forman parte de ese aparatoso y caujío organismo que se llama Liga de las Naciones.

Nosotros no necesitamos, no hemos necesitado en ningún momento de la influencia de aquella asamblea para resolver nuestros problemas. Trabajamos, vivimos, prosperamos, no por la Liga ni por ningún arcótipo de esos que apenas pueden subsistir. Aquí va surgiendo una cultura nueva, un espíritu nuevo, libre de las seculares taras, de los odios y antagonismos irreductibles que gravitan férreamente sobre el carcomido organismo de los viejos pueblos de aquel Continente. Nosotros tenemos problemas y necesidades diferentes de los que inquietan a los desgastados países de Europa.

Y si esto es así, nosotros no tenemos por qué ni para qué aferrarnos en permanecer más tiempo en la famosa asamblea.

Ya es hora de definir claramente nuestro pensamiento. Ya es hora de dar merceda respuesta a la insolencia de los viejos y retrasados políticos que todavía

ocupan la atención de las gentes con sus huesos anacronismos. América no necesita de agrupaciones inútiles, anémicas, sin vida. América tiene grandes y hermosas expectativas. Sus tesoros inagotables, sus enormes energías, sus estupendas reservas, su noble y pujante espíritu, le deparan un maravilloso, un insospechado porvenir.

Con todo eso, con esta nueva cultura que va surgiendo esplendorosa y fecunda, nuestro Continente marcha seguro, firme, aceleradamente, por las rutas que los viejos pueblos de Europa recorrieran en largas centurias de infructuosos ensayos, de violentos retrocesos, de dolorosas caídas.

Pero no sigamos. Todo esto lo conocen, lo saben perfectamente esos frívolos y veleidosos "europeos que nos calumnian". Pero a ellos les inquietan, a ellos les turban nuestros progresos, nuestras victorias. Por eso no quieren asistir al triunfo de las doctrinas que allá están imponiendo los escritores e internacionalistas de este Continente.

Pero no importa. Hay ya en nuestra América un conjunto de ideas y doctrinas que han de hacer triunfar el continentalismo, sobre los estrechos egoísmos de pueblos y razas decadentes. Las declaraciones formuladas en el Congreso de Panamá, son una esperanza para los hombres que anhelamos, que perseguimos sinceramente el triunfo definitivo de los ideales americanistas.

EL CONGRESO BOLIVARIANO

Tomado de *El Día*, Quito, Ecuador.

Hoy principia sus sesiones, a los cien años precisamente de aquel primer Congreso de Panamá que aspiró sin conseguirlo a crear la federación de las nuevas repúblicas de América sobre la base de una perfecta constitución democrática, el Congreso Bolivariano. Las finalidades de este Congreso son con ligeras variantes las mismas que en aquel cuyo centenario se celebran fueron enunciadas y aceptadas cuando menos teóricamente por los representantes de los Estados que a él concurrieron. A saber: la paz de América, la federación de los Estados de este continente para cooperar en una labor de cultura y de progreso universal. Después de terminadas las guerras de la emancipación, las nascentes naciones americanas, inspiradas por el hombre más eminente de aquella gran acción, Simón Bolívar, realizaron un gigantesco esfuerzo para celebrar entre sí un pacto perpetuo de unión y defensa mutua que, sin perjuicio de la soberanía e independencia de cada una, sirviese para crear una institución internacional superior que las representase a todas ante el mundo como un cuerpo suficientemente respetable y compacto. Ideal de agrupación homogénea que no pudo prosperar porque conspiraron contra él las fuerzas naturales de las tendencias particularistas de los gobernantes de cada país. El tratado de Panamá de 15 de julio de 1826, sólo fué aceptado por las repúblicas de Colombia, Centro América, Méjico y el Perú, y no tardó tampoco mucho en ser denunciado y abandonado por estas mismas. Fué, talvez un avance demasiado anticipado hacia concepciones ideológicas que todavía falta mucho para que se puedan considerar como realizables prácticamente.

Consagraba aquel Congreso algunos principios de orden jurídico que ahora nos parecerían, a pesar de lo que entretanto ha progresado el mundo en cuanto a sus idea-

les pacifistas, verdaderas aspiraciones utópicas. No es extraño, por tanto, que se quedasen en la sola enunciación y que de esto a la franca aceptación con propósitos realizadores haya una gran distancia que en el siglo que desde entonces ha transcurrido no fué posible salvar. Pero no se puede negar que fué entonces cuando se definió de modo decisivo lo que con el tiempo ha ido creando la peculiar significación de América frente al Derecho Internacional, esto es, su carácter fracamente armonizador y pacificador y su austero concepto de que la violencia no puede conducir jamás a situaciones perdurables y legítimas. La postura internacional de las repúblicas americanas ha afectado siempre esta forma de lealtad a los principios jurídicos, y sólo en raras ocasiones se ha visto que acuden a la violencia para dirimir sus frecuentes conflictos de intereses. Mientras Europa, en este mismo espacio relativamente breve del siglo pasado, ha estado conmovida por frecuentes conflictos armados que han puesto al borde de la ruina a algunas potencias, en América española sólo dos conflictos armados se han registrado, y la solución de uno de ellos —la guerra del Paraguay— puede presentarse como ejemplo vivo de lealtad a los principios jurídicos, una vez que estuvo a salvo la soberanía de las naciones agredidas.

Este espíritu pacifista, esta plena conciencia de la autoridad superior de lo justo, emanan indudablemente de los conceptos expresados en el romántico congreso de Panamá de 1826. Es por esto que hay que recordar su celebración con admiración y respeto. Más que su eficacia de hecho, hay que comprender su enorme valor moral. Si los hombres que ahora acuden al Congreso Bolivariano llevan iguales propósitos, y hay que creerlo así, su obra va a ser seguramente de abundantes y próximos frutos.

La crítica extranjera, principalmente en las naciones de Europa que se consideran ligadas a América por intereses actuales o por razones de tradición, ha mirado al Congreso Bolivariano con no oculta desconfianza, presuponiendo en su finalidad un oculto propósito de imposición de la supremacía material de algunos de los Estados concurrentes. Para decirlo más claramente, se ha temido que los Estados Unidos del Norte ensayen en este Congreso a hacer efectiva la influencia en todo el continente de su gran potencialidad interna. Aferrándose a la utópica y vaga tesis de las razas, han afirmado que en este Congreso sólo deberían reunirse los pueblos de una de las razas que ocupan a América, la latina, dejando que el Estado del Norte, de raza distinta, quede aislado y sólo, como núcleo de otros intereses y otras perspectivas. No es cosa de ponerse aquí a discutir los fundamentos ni la razón de ese receloso criterio, lo que ocuparía más tiempo y espacio que el permitido, pero una sola razón puede bastar para justificar la presencia de tal Estado en el Congreso, y es la definición de la unidad continental. De la misma manera que los Estados del continente europeo celebran reuniones y conferencias para decidir sobre sus actitudes internacionales, sin tener en cuenta diferencias de raza y de intereses, los Estados del continente americano tienen derecho a hacer lo mismo, sin perjuicio de que luego cada uno de ellos adopte las medidas de previsión que a los gobernantes les sugiera la consideración de sus respectivas circunstancias para zafarse a la influencia absorbente de cualquiera otro.

Los Estados de América llevan al Congreso Bolivariano un programa de comprensión mutua y de solidaridad, que responde a los principios enunciados bella y románticamente en el Congreso de Panamá de 1826, y cuyo fondo moral no puede ser mirado con desconfianza por los hombres de buena fe. Sólo desde este punto de vista lo contemplamos, y no es preciso decir que les deseamos un éxito completo en sus intenciones.

MEDIA HORA DE CHARLA CON EL PRESIDENTE
DE PANAMA

“Son ustedes generosos, son peruanos, que es como decir dos veces generosos”

Por R. V. G.

Reportaje especial para “La Crónica” por nuestro enviado especial a las fiestas de Panamá.

Tomado de *La Crónica*, Lima.

Uno de los tres magníficos autos puestos por el gobierno panameño, a disposición de la oficialidad del crucero “Grau”, nos conduce raudamente, desde el muelle 16 por las cintas de plata de las carreteras de la Zona y por las estrechas y pintorescas calles de Panamá, relucientes por la lluvia, hasta la Avenida Norte, en la cual, frente al Malecón que permite admirar el bosque de mástiles y arboladuras de los innumerables vaporcitos y veleros que pueblan la bahía y del embarcadero de la marina, venerable reliquia de los viejos tiempos de galeones y piratas, se alza, aislado entre dos callejas angostas y evocadoras el Palacio Presidencial.

—Mañana a las diez, mi padre tendrá el placer de recibirlos, nos había dicho en el círculo alegre que “compadres” panameños y peruanos, formábamos en el ambiente mundano y elegante del “Club Unión”, ese caballero gentil y amigo sin par que es Rodolfo Chiari Jr. Y nos apresurábamos a llegar, puntualmente, a la cita.

A la puerta del soberbio Palacio morisco, que el talento artístico de un ilustre arquitecto compatriota nuestro, Leonardo Villanueva Meyer, erigiera recientemente para digna residencia del primer magistrado de la República hermana, dos policías, sencillamente uniformados de kaki y tocados con amplios sombreros de cowboy, constituyen la única guardia presidencial. A la sola presentación de nuestra tarjeta, nos hacen pasar y trasponemos el patio encantador “de las garzas”, en el que, hasta el silencio y la penumbra que lo envuelve dan la sensación de hallarnos en un auténtico Alkázar árabe. Y aún con los ojos de la imaginación, creemos descubrir sobre los azulejos multicolores la huella leve de los pies enanos de las huríes, mientras escuchamos la clara armonía de la fuente y nos empapamos del aroma enervante de las plantas tropicales que decoran las galerías.

Hemos llegado, tras rápida contemplación de las cautivantes bellezas interiores de la espléndida mansión y nadie nos ha salido al paso, ni hemos tropezado con soldados, edecanes o empleados. La entrada al Palacio Presidencial es libre y al mandatario de Panamá no se le ha ocurrido nunca restringirla, ni mucho menos cerrar sus puertas a un periodista.

Desde que tuvimos ocasión de ver de cerca y de hablar, por vez primera con el Presidente Chiari, pudimos percatarnos de que la sencillez, la afabilidad y la modestia eran características singulares de su espíritu. La entrevista que tan amablemente nos fué concedida, confirmó plenamente esta impresión. Si quisiéramos, como suelen hacerlo algunos periodistas insinceros y vanidosos, afirmar, que para el logro de este reportaje del Jefe del Estado de Panamá, habíamos librado una verdadera batalla y conquistado un sonoro triunfo personal, no solamente faltaríamos descaradamente a la verdad, sino que calumniaríamos al Presidente Chiari, que se complace en demostrar, en todo momento, su afecto por los periodistas y su satis-

facción de mostrarse, ante ellos, tal cual es, sin disimulos ni reservas. Ya en la secretaría, única antesala presidencial, mientras cambiábamos ligeras frases de cumplido con el secretario doctor Calvo, veíamos al Presidente de la República, sentado ante su escritorio, despachando, por sí mismo, los múltiples asuntos del Estado.

A poco, con voz clara y entera, nos invitaba él mismo a pasar y nos recibía de pie, sonriente e insinuante clavándonos, insistentemente la mirada intensa y penetrante.

Estamos en el gabinete presidencial y contrasta este interior adusto y sobrio con la magnificencia de patios y corredores y la suntuosa elegancia de los demás aposentos de la mansión. El macizo escritorio, de tonos oscuros, ocupa un ángulo de la estancia. No hay armarios solemnes, ni ventrudos sillones, ni mullidos sofás, ni alfombras, ni colgaduras.

Solo unas cuantas sillas se alínean uniformes, delante del escritorio. El piso es de brillante parquet y del plafond decorado pende una sencilla araña de acero. A través de los dos grandes balcones abiertos penetra —con el sol— que inunda de claridad la estancia, el rumor de la vida urbana.

Ya sentados frente al Presidente, le contemplamos fijamente. Es un hombre que se halla en la plenitud de la vida y el temple de su varonía se delata en la brillantez de la mirada, en la tersura de la frente, amplia y grávida, en la agilidad muscular, en la viveza y lucidez de la palabra.

No espera a ser interrogado, sino que, como hombre acostumbrado a encauzar inicia él mismo la entrevista.

—Me place conversar con los periodistas, dice: Considero la prensa una gran fuerza democrática, el instrumento de cultura más poderoso y eficaz. Para los periodistas estarán siempre abiertas las puertas de esta casa y con ellas, mi espíritu, afirma, mientras subraya las cordiales frases con la más franca de sus sonrisas.

—Señor, le preguntamos, ya seguros de su simpatía, podría usted expresarnos su opinión acerca del proyecto aprobado por el Congreso Bolivariano, de una Liga de las Naciones de América?

—Desde luego—responde prestamente— simpatizo, ampliamente, con ella en principio, como con toda idea noblemente inspirada en propósitos de solidaridad y de vinculación continental. Ese fué el ideal del Libertador cuya apoteosis hoy celebramos y bajo esa advocación hemos convocado este Congreso. Pero, me atrevo a suponer que, fatalmente no es todavía la época propicia para ver realizado este anhelo americanista. No tendría aún, la fuerza y la seguridad inherentes a su constitución y sus fines.

—Cree usted, señor Presidente, que haya, acaso, naciones interesadas en evitar la formación de esta Liga continental?

—No he querido decirle a usted tanto. Únicamente, le repito, creo que no hemos llegado, en la actualidad al momento oportuno, al grado de madurez colmada que serían necesarios para cristalizar ideal tan bello y trascendente. Quizás más tarde! Dejemos obrar al tiempo, y trabajemos serena y ponderadamente, porque el ideal bolivariano pueda, en un futuro no remoto, alcanzar su plena realización.

En este sentido, debemos felicitarnos de la resolución tomada por el Congreso Bolivariano, pues ella —por más lírica que pueda parecer— es el trasunto de un ideal común, de un sentimiento generoso que comparten los pueblos del Continente en él representados, porque comprenden la amplitud y la trascendencia del pensamiento del Libertador y tienden a eliminar todo cuanto pretenda obstaculizar su

culminación. Para esta obra, esté usted seguro de que Panamá aportará siempre, no solo sus votos fervientes, sino su esfuerzo decidido.

—En ese caso, usted se halla satisfecho de la obra del Congreso Bolivariano?

—Aunque por su naturaleza de Congreso conmemorativo no había que esperar de él grandes resoluciones, ni resultados positivos, debemos felicitarnos, sin embargo de que, aún como simples sugerencias se hayan lanzado en su seno, ideas tan interesantes como las de la Liga de las Naciones Americanas, y la de la rendición moral del indio, que constituye uno de los más serios problemas continentales. Siempre habrá que celebrar el noble espíritu que inspiró esta Asamblea y el ambiente cordial en que se ha desarrollado, acercando a los países por medio de sus hombres representativos y afirmando, en la comunidad del culto reverente a Bolívar, la amistad fraternal de los países americanos. Me siento contento y orgulloso de que me haya tocado asistir como Presidente de mi país a esta glorificación del genio tutelar de nuestra América y solo deploro que la modestia de nuestras posibilidades no nos haya permitido celebrar esta efemérides gloriosa con la magnificación digna de su importancia.

Permítanos señor —argüimos— que nos atrevamos a discurrir de su aserto. La forma con que Panamá ha conmemorado el Centenario del Congreso de Bolívar no puede haber sido ni más brillante ni más esplendorosa. La impresión de estas fiestas, como el recuerdo de la amabilidad sin rival de los panameños, serán imborrables en todos cuantos hemos asistido a ellas.

—Me complace que a usted les haya hecho buena impresión Panamá. Son ustedes generosos, son peruanos que es como decir dos veces "generosos". El Perú —agrega— ha reafirmado, con motivo de este Centenario, los viejos lazos que unen a nuestros pueblos. Panamá no olvidará esta nueva demostración elocuente de la amistad peruana. Y, a ustedes que son periodistas, sólo les recomiendo sinceridad para juzgarnos. A menudo se propalan, por obra de la incomprensión, de la malevolencia de espíritus mezquinos o interesados, falsas noticias, impresiones injustas sobre nuestro país. Se dice que somos un pueblo desarticulado y apático, que no tenemos vida propia, ni espíritu nacional. Nada más absurdo, ni menos cierto. Nosotros no tenemos ejército, agrega el Presidente, en tono de absoluto convencimiento. Sólo tenemos escolares. Somos una nación joven, apenas surgida ayer a la vida independiente. Estamos, en pleno desarrollo, es cierto; pero en nosotros alienta, cada vez más firme y más intenso, el sentimiento patriótico que inspiró a los fundadores de nuestra República. Y ese mismo sentimiento madura en el alma de nuestros niños, de las falanjes juveniles que ahora se nutren en las aulas, de esos sesenta mil escolares que reciben una educación por cuyo perfeccionamiento y máxima utilidad práctica laboramos, con entusiasmo y que constituyen la más cara esperanza de la patria y nuestra mejor defensa.

—Cuál es, señor, su ideal de gobernante?

Mi ideal sería nos dice el Presidente, descender del poder contando con las mismas adhesiones entusiastas con que hoy cuento. Ustedes saben que el gobernar no es tarea fácil y que por mejor inspirado que se esté, son inevitables, a veces, los choques con intereses y con ambiciones.....

—Y de cuál de sus obras de gobierno se halla más satisfecho?

—Lo que llevo realizado, hasta ahora, es bien poco, nos dice, con acentuada modestia. Es hoy, todavía en la iniciación de mi período. Por lo pronto, me preocupa concluir las obras que el anterior gobierno dejó comenzadas o en proyecto y algunas de las cuales son —aparte la política— de verdadera utilidad nacional.

Me preocupa la prolongación del ferrocarril de Chiriquí hasta un puerto de mar, beneficiando la próspera región cafetera de Boquete y la riquísima zona de Bugaba; la intensificación de la agricultura, de las vías de comunicación y, sobretudo de la instrucción pública, que considero la suprema necesidad nacional. Todo lo que contribuya a levantar el nivel cultural de nuestro país y a proteger nuestra raza y nuestra lengua —sin egocísmos ni reservas— es preocupación constante de mi gobierno.

—Piensa usted continuar actuando en la vida política al concluir su período?

—Cuando se vive esta vida, nunca sabemos cuando la dejaremos, ni nos pertenecemos del todo, nos responde. Y añade: Sin embargo, después de largos años de actividad pública y, sobre todo, después de las tareas del gobierno, a lo que se aspira es al descanso . . . termina diciéndonos, poniéndose de pié, mientras nos tiende la mano amistosamente después de habernos firmado gentilmente, un valioso autógrafo para "Variedades".

Pero en la mirada firme, en el ceño enérgico, que acentúa el arco pronunciado de las cejas, en la vivacidad de la palabra, en la rotundidad del gesto, leemos la decisión y la fuerte voluntad del hombre hecho a las luchas políticas y a quien esperan aún, días de fecunda e intensa actividad.

SOLIDARIDAD AMERICANA

EL PROBLEMA DEL PACIFICO

Tomado de *El Día*, Quito, Ecuador.

La fecha de hoy recuerda un acto de especial significación en la política americana, realizado por el Uruguay. En efecto, el 18 de Junio de 1917 el presidente Viera, a propuesta del doctor Brum, ministro de Relaciones Exteriores firmó, en acuerdo general de ministros, y con el asentimiento unánime del Senado, el decreto que proclamó el principio de "solidaridad americana" como "regulador de nuestra política internacional" declarando, en consecuencia, que "el agravio inferido a los derechos de un país del continente debiera ser considerado como tal por todos y promover en ellos una reacción uniforme y común".

Más tarde, el doctor Brum, ya Presidente de la República, consiguió que se incluyera en el programa del V Congreso Panamericano el estudio de los medios de hacer efectiva la solidaridad continental, y presentó, luego, su proyecto de Estatutos para una Asociación de los Países Americanos, redactados de acuerdo con su creencia de que la organización mundial para la paz debe hacerse en forma federativa, esto es, con una institución central, la Sociedad General de las Naciones, encargada, exclusivamente, de dilucidar los conflictos que pudieran alterar la paz del mundo o de resolver los asuntos de interés colectivo; y con organismos regionales semejantes a los de los gobiernos de los estados o provincias que comprendieren los países de intereses afines, como lo serían los bálticos, los danubianos, los mediterráneos, los renanos, los del Asia Menor, del Extremo Oriente, los americanos, y, dentro de éstos, los centro americanos, o los antillanos, por ejemplo.

El terreno no era propicio, todavía, para que germinaran tales ideas; y el Presidente Brum, que sabía que los países de América estaban, entonces, deslumbrados

dos con el brillo de Ginebra, tan sólo se propuso dejar establecida su iniciativa, en la seguridad de que el tiempo se encargaría de convertirla en una auspiciosa realidad.

La Sociedad de las Naciones obligada, por su organización, a ocuparse de los problemas danubianos, bálticos, balcánicos, mediterráneos o asiáticos, tiende, fatalmente, a convertirse en una institución europea con la hegemonía lógica de las grandes potencias, suscitando, así, desconfianzas en los países de otros continentes.—Con relación al nuestro ya están separados, legalmente, o de hecho, de la Asamblea de Ginebra los Estados Unidos, la Argentina, México, Costa Rica, Perú, Bolivia, y, ahora, el Brasil, no siendo imposible que, por una u otra razón, sigan desprendiéndose de la Sociedad de las Naciones otros pueblos de América, tan pronto como deje de dar satisfacción a lo que consideren justo o conveniente para los intereses del Nuevo Mundo.

Sin embargo, es evidente que esas grandes fuerzas morales y materiales no pueden sustraerse, sin grave daño para ellas mismas, a la obra de pacificación mundial; y para utilizarlas a tal fin, contemplando sus respectivos puntos de vista, convendría organizar la Asociación de los Países Americanos, encargada de resolver los problemas del continente colombiano y que ejercería, sin duda alguna, una enorme y benéfica influencia en la dilucidación de los conflictos europeos, que fuesen capaces de comprometer la paz mundial.

El problema del Pacífico, —insoluble para la Sociedad de las Naciones, integrada en su mayoría por países que no se interesan por su solución o que desean evitarse complicaciones,— ofrezco, como se verá, una excelente ocasión para afirmar el principio de solidaridad, sobre el cual se asentaría la paz americana.

El laudo arbitral del presidente Coolidge no reglamentó la forma en que se harían efectivas las garantías que eran necesarias, para realizar el plebiscito; y esa omisión ha sido la causante de todas las dificultades que obstaron a su cumplimiento y que culminaron con la reciente declaración del general Lassiter de que el plebiscito es irrealizable, en las actuales circunstancias.

Parece que han fracasado, también, las gestiones de arreglo directo, efectuadas por Estados Unidos; y si eso ocurriera se produciría en el Pacífico, un malestar mayor, aún, que el que existía antes de que se sometiera el conflicto a la decisión del presidente de Estados Unidos.

Los hombres más representativos de Chile, convencidos de que sólo la intervención de Estados Unidos no basta para llegar a una gran solución, debido a que sus actos son sospechados de parcialidad por la opinión de su país, sostienen, desde hace algún tiempo, que el medio más eficaz para disipar las desconfianzas sería el de que la República de Washington actuase conjuntamente con la Argentina, el Brasil o el Uruguay, por ejemplo.

Estas ideas han sido ratificadas por don Gonzalo Bulnes, tal vez el chileno que mejor conoce el problema del Pacífico, y que fué siempre, un intransigente y celoso defensor de los intereses de su patria.

Es evidente que si fracasaran los buenos oficios de Estados Unidos, la América Latina no podría permanecer impasible en presencia de la grave situación que se crearía en el Pacífico, con razón, temerían malquistarse con alguno de los litigantes, —ya que nunca el comedido sale bien—, podría aquella, en dicho caso, velando por la paz continental, ofrecer su mediación amistosa, designando, a tal efecto, para que la representara, junto con los Estados Unidos, a dos o tres naciones americanas, que podrían ser algunas de las indicadas por los publicistas chilenos, y Mejico o Salvador.

Este grupo de países no obraría por cuenta propia, sino por delegación de América; y sus fallos estarían revestidos de tal justicia, y tan exentos de toda sospecha de parcialidad que, a no dudarlo, serían acatados, sin vacilaciones, por los pueblos litigantes, que están ávidos de paz y deseosos de poner termino a la rivalidades que tanto daño les han causado.

América está reunida en Panamá, y si fuese conveniente, de allí podría surgir la iniciativa de ofrecer los buenos oficios colectivos, por medio de una delegación especial que se constituiría con países americanos.

THE BOLIVARIAN CONGRESS

How Different Today From the First Congress of a Hundred Years Ago.—Panama City, the Beautiful, Is Setting a Pace for the World in the Manner of Hospitable Entertainment.—Nothing Omitted for the Comfort and Care of Her Welcome Guests.—Bolivar and Clay the Shining Marks of the Congress.

By VERNON RICHARDSON

Tomado de "*Kentucky Advocate*" Danville, Kentucky.

Panama City, June 24, 1926.

Special to The Advocate:

Down where North America and South America meet in loving embrace; where the Pacific kisses the Atlantic; where the beautiful Southern Cross bathes her shadow in sapphire waters; where handsome women, transcendently beautiful girls and chivalrous men reign supreme; where the world's greatest engineering feat is to be found, is Panama.—Panama, the beautiful; Panama the hospitable; Panama, the progressive.

How different the Bolivarian Congress of today is from that of one hundred years ago. In those days progress was slow. What it took months to do then in slow-moving sail ships, today is but a matter of a few days. Then it was back before the telegraph, the ocean greyhound, the rapidly moving train, the automobile the flying machine, the telephone and the radio.

The First Pan-American Congress met in this city just one hundred years ago this week and it was befitting that this Congress should sit in the old hall of the original Congress, which is still intact and in a high state of preservation. It will be recalled that numerous delegates failed to arrive and that two of them died here of yellow fever and the black plague, but those were days before the master hand of a Gorgas had wand-like passed over this land to banish forever scourges of that character.

May I not tell the readers of The Advocate how splendid the Panaman Government received its welcome guests and how they are being entertained royally,

magnificently entertained. In a brief sentence the Ambassadors and Delegates were received with open arms—in the most warmhearted manner. Our ship was late reaching port, too late for us to catch the evening train over the Isthmus, so the Government, through the courtesy of Governor Walker of the Canal Zone, had his private car waiting for us, with escorts, and it was in this manner that we were whisked across the beautiful land to Panama City. We were met at the train by a number of dignitaries of the Government together with the American Minister, the Honorable Dr. John G. South. Private cars were in waiting and we were sent to the handsome home of Dr. J. G. Lewis, in beautiful Bella Vista. This handsomely furnished home was turned over to Dr. William Jennings Price, Dr. Charles Hackett and Senator Vernon Richardson for their abode while guests of the Congress. An American flag was provided for the home and it floats during the day at the front of this residence. A special automobile, with chauffeur, was put at our disposal and this car has been at our call every minute we have been in this lovely city. As an additional mark of respect a well-groomed Panaman policeman stands day and night in front of our place of abode. We have three servants, most gracious ones they are, who look after the home and give us our breakfast, which they call coffee down here. Our lunches and dinners are taken with the other delegates at the Union Club, the most beautiful and commodious club of which the mind could conceive. There we are privileged to order our meals, with cocktails, Munich Beer, Champagne and liquors ad libitum. Besides this the liquid lockers at the home are provided with all of these. Even down to the pressing of one's clothes had been arranged for by the generous Panaman Government, of which too much praise and thanks cannot be given. Let me tell you briefly about the Union Club. It impinges itself upon the Pacific Ocean, in fact, a recently added piazza, is built out into this great body of water. The Club is of Spanish Architecture and is constructed in the most extravagant, yet beautiful manner; it is well officered and its cuisine is second to none in the States—in fact it serves many things that are not to be had in the States and there is sweet music with each meal. The most gorgeous decorations are to be found in the dining and dance halls and the tables are but beds of flowers, the aromas of which suggest dream land.

It is the consensus of opinion that the entertainment here has been of the truly Panaman, or par-excellence style—none can surpass, few can equal. There are two or more escorts of honor to each delegation—we very fortunately drew Dr. Ernesto Zubieta and Hon. Raul Espinosa, members of distinguished families of the Isthmus. They each speak English fluently, and have been super-courteous to our party. The same treatment that has been so graciously accorded to us, is but typical of what each and every delegate has been the recipient of since arriving in this hospitable city. It would be impossible for our entertainment to be more lavish, or more sincerely hospitable. Panama, you have put the entertainment over, as we say in the States, "in a big way"—in a magnificent way, if you please.

One of the first pleasantries and one that will be long remembered was the brilliant reception at the Presidencia de la Republica de Panama, when His Excellency, President Chiari received the Ambassadors and Delegates to the Second Bolivarian Congress. May I not tell you in the manner we were presented. In one of the spacious rooms of the Presidencia the President stood and the delegates were then escorted to within about ten feet of President Chiari, when a profound bow was made, which was graciously returned by His Excellency, and then the one to be presented walked on up to and was cordially greeted by the President. After having done so, post was taken on either side of President Chiari until all had been received. The line was in a semicircle and it was then that a warm welcome speech was made by President Chiari, after which the guests mingled with the President

and each other. Champagne was passed around and all drank to the President. Other entertainments followed during the week at the Presidencia, when the visiting delegates were afforded an opportunity of meeting the handsome, beautiful, gracious wife of the President. Each entertainment by President and Mrs. Chiari was brilliant and all were so glad to have had an opportunity of meeting the heads of the nation, who received them in such a cordial manner—so charming, so pleasing.

The Honorable, the Secretary of State, Dr. Horacio F. Alfaro and his charming wife gave a dinner-dance at the Nacional Palace in honor of the visiting delegates to the Congress, which will go down in the memory of those fortunate enough to have been present as a piece de resistance affair. It was most notable and highly enjoyed by all present and there were hundreds there. Two orchestras furnished music for the dancers, a part of whom danced on the very inviting roof, which had been decorated for the occasion to the nth degree. It might be stated that Champagne flowed at this dinner like the waters of the Dix River through the flume of the great dam, or like the spill-way at Gatun. The good people down here believe in giving nothing but the best to their guests.

There have been numerous entertainments of note during the convention. Tonight the Venezuelan delegation, headed by the honorable Ambassador, Dr. Vallenilla Lanz, one of the outstanding men of his nation and surely one of the most conspicuous of this Congress, will give a dance in honor of the delegates and it promises to be a most brilliant affair. The dance will be at the Union Club, which is being most extravagantly decorated for the occasion, which will no doubt be an event of great moment. More than a hundred cases of choice champagne have been provided for this entertainment—in fact nothing has been left undone by the Venezuelans to make their entertainment a wonderful success. Venezuela will vie in pleasant competition with Panama tonight.

Sunday, as is known, is a great holiday in all Latin-American countries and last Sunday was made especially conspicuous in compliment to the visitors. Nine races were staged at the near-by race track, where some very speedy animals, of splendid blood lines, met in competition and ran for the money of their backers. The delegates were provided with especially decorated boxes, individual pictures of which were taken; soft drinks, cakes, and champagne were provided in profusion to the honored guests of the track that day. That evening one of the largest dances was given at the Union Club.

Yesterday the delegation were the guests of Governor Walker, of the Canal Zone, who took them across the Isthmus in a special train and brought them back through the canal by boat. A dainty, delicious meal was served on board and every courtesy was shown the guests on this occasion, which was very enjoyable.

On last Sunday the Panama Star-Herald, one of the outstanding journals of the world, printed a special souvenir, Bolivarian Congress edition, of some seventy pages, that would have been a credit to any paper in the United States. The edition was full of choice reading matter, which had been admirably edited, copiously illustrated; with powerful editorials commemorating the deeds of the Great Liberator Simon Bolivar. Publisher T. Gabriel Duque, a most enterprising journalist, is to be congratulated upon the success of this well-edited edition of his always splendid paper. The Star-Herald is a member of the North American Associated Press and carries its share of comic strips and syndicated services—it is the last word in publication in every respect. Editor Duque has shown especial courtesies to the writer since arriving here, of which due appreciation is here voiced.

The splendid people of Panama are highly educated. They nearly all speak Spanish, English and French. They send their children to the States, to England and to France for their education. This mode however, may not obtain in the future, as the Bolivarian University was dedicated this week, when a number of the Universities of the world were represented by members of their families. This institution will no doubt become a great one in a short time and it will draw largely from Central and South America as well a goodly quota from the States.

There are so many distinguished people to be found among the delegations of the twenty-three countries represented here at the Congress. Many charming and delightful ladies and beautiful girls are here to vie twith the beautiful Panaman girls for the attention and admiration of all. All are dressed in the very latest American or Parisian styles and all are splendidly educated and are to the manner-born, ladies and gentlemen of the highest types and are credits to the countries from which they came.

Yesterday was Henry Clay day. The delegations all trying to do honor to the great Kentuckian, who heard the Macedonian cry raised by the great Bolivar and who thundered the Bolivarian sentiments in his inimitable way in the Halls of the American Congress. One of the many notable speeches of the day was made by Hon. William Jennings Price, who was for nearly nine years the American Minister to Panama, and who hails from the State of Henry Clay and who represents both his State and Nation at this Congress.

The American delegation has received much attention from the Honorable American Minister and his lovely, charming wife, Dr. and Mrs. John G. South, who gave a delightful reception in compliment to the visiting delegates of the Congress yesterday afternoon. The American Legation was artitically decorated for the occasion and none could have been more generous or hospitable than were the Minister and his charming wife to their happy guests.

Everything is so grand, so beautiful here and and everyone is so kind, so courteous and generous to the visiting delegates in Panama and all are enjoying the stay in this wonderful, progressive city in the highest degree. The visit will long be remembered and all will go away singing the praises of Fair Panama and her sterling citizens for the manner in which they have been received and entertained.

CUESTIONES DEL MOMENTO

LAS FOTOGRAFIAS DE BOLIVAR

Por C. SAAVEDRA ZARATE.

Para Vallenilla Lanz.

Tomado de *La Estrella de Panamá*.

Algunos de los que han visto el monumento erigido en esta ciudad al Libertador, han venido a ponerme las quejas de que en él no han encontrado al Bolívar que se imaginaban, según el concepto que tiene formado cada cual de la figura tí-

sica del héroe, y como esto sucede con mucha frecuencia, hay que convenir en que, fuera del refrán: "el león no es como lo pintan," se nota una falta de uniformidad lamentable en las imágenes de Bolívar que autoriza a pensar que no existe una figura concreta, sino que se conserva en diferentes aspectos, según lo sugieren las varias fotografías y retratos que quedaron, de él, tomados en distintas épocas y circunstancias, amén de las deficiencias del arte en esos tiempos por estas Américas.

Mucho se han empeñado los fotógrafos, pintores, escultores y cronistas en reclamar para sus producciones la supremacía del parecido de ellas con el original; pero del examen comparativo de fotografías, retratos, estatuas y opiniones escritas, resulta una confusión que hace medio mitológicos los rasgos precisos y exactos de la figura humana del Libertador.

Existe un retrato hecho en Lima, creo que con patillas apesar de que consta que éstas se las echó abajo en 1821 por temor a las canas, y que él constata con su firma como muy parecido, pero muchos opinan que para saber que es suyo, hay que colocarle el nombre debajo como al conejo de la fábula.

Tengo al frente algunas efigies del Libertador que lo representan de la misma edad y que están tomadas poco más o menos en la misma época: un busto vestido de general, de frente y con la cabeza de perfil en la cual se destaca el rasgo característico de la nariz perfilada; otro también de frente con los brazos cruzados sobre el pecho, que según dicen es la que más se le parece, y las fotografías de la estatua de Fremier y de la del monumento de Benlliure y hay diferencia notoria entre todas ellas, aun cuando hay que suponer que alguna tiene que ser una copia exacta del original.

Puede deducirse que el rostro del Libertador, caracterizado por su ancha frente surcada de arrugas, sus grandes cejas, su nariz perfilada y muy distante del labio superior y su boca nada perfecta al decir de los más, era susceptible de diferentes aspectos según las emociones que lo dominaran y que a esto se debe la falta de exactitud en sus reproducciones.

También hay que tomar en cuenta que el arte fotográfico era incipiente en aquella época, que las descripciones nunca dan idea exacta de la realidad de los objetos y que en los retratos al óleo y al creyón, que es a los que hay que reconocerle más autoridad, ha tenido que influir sobre la copia de la realidad el concepto imaginativo del autor al pintar ojos que despidieron rayos, mejillas que tostaron todos los soles del trópico, orejas que escucharon las más grandes lisonjas y los títulos más dulces y honrosos que ha pronunciado jamás el labio humano, boca que supo con la elocuencia de sus proclamas convertir sus soldados en héroes, encantar y sugerir a los hombres con sus conversaciones familiares y amenas y seducir el corazón de las mujeres con sus galanterías y no digo que recitando estrofas, pues no creo para él muy grato el recuerdo de Vargas Tejada.

De todo lo expuesto hay que conjeturar que la verdadera imagen de Bolívar ha desaparecido a los influjos de los malos lentes fotográficos, de la sugestión exagerada de los pinceles, de la deficiencia de la crónica y de la emulación de los artistas, y que aun cuando fijar una exacta y única, como si dejéramos oficial, hubiera sido una de las simpáticas deliberaciones del Congreso de Bolívar, no se podía hacer tal cosa porque ella hubiera implicado la destrucción de casi todos los retratos en boga, la demolición de muchas estatuas y monumentos, para resultar tal vez que la imagen acordada fuera la menos conforme con las realidades físicas del extraordinario original, cuya multiplicidad plástica interesa bien poco, desde luego que es inconfundible y único en la voluntad, en el pensamiento, en el espíritu y en la gloria...

EL CONGRESO BOLIVARIANO

Editorial, tomado del *Diario de Panamá* del 19 de Junio de 1926.

Se inauguró anoche en el Teatro Nacional, el Congreso Panamericano conmemorativo del de Bolívar de 1826.

Es un fuerte anhelo de todos los pueblos leales a la memoria del Libertador de América, que los ideales del Héroe Máximo del Continente, pasen a ser doctrina panamericana, elevándolos de simples recuerdos, causa y razón de nuestros más altos orgullos a la categoría de objetivos del panamericanismo.

Atacado el panamericanismo, y con razón, en cuanto como doctrina no ha llenado todavía una misión de seguridad entre los pueblos americanos y ha sido indiferente a la desconcertante realidad de hechos que en la práctica han borrado las huellas de la fraternidad proclamada por la fraseología panamericana, el ideal bolivariano se ofrece después de un siglo, como la más hermosa finalidad a las actividades pan-americanas.

Esa finalidad, se encuentra en el ideal bolivariano al cual dió forma el Tratado de Liga, Unión y Contraternidad, celebrado por los Plenipotenciarios que asistieron al Congreso de Bolívar.

De las líneas de ese documento aparece, claramente, el ideal de Bolívar, hecho carne, en forma de una serie de estipulaciones tendientes a garantizar la integridad de las Soberanías y Territorios de cada uno de los pueblos de América y la defensa en común contra todo ataque que amenace la Existencia Política de los mismos.

Desde que se reúnen congresos panamericanos, ¿se ha trado hasta hoy, entre los muchos temas de sus programas, la manera de garantizar la integridad territorial de los pueblos que acuden a esos congresos con el penoso título de hermanos?, se ha puesto a la consideración de esos congresos la creación de un medio para que pueblo alguno de la tierra atente contra la soberanía de otro? se ha procurado ver la forma de que la existencia política de los pueblos del continente no se ve amenazada por otros pueblos, so pretexto de necesidades vitales o de defensa de intereses de conciudadanos del pueblo que interviene?

Doloroso es decirlo, pero nada de eso que es vital para la causa americana, ha sido considerado por los Congresos panamericanos. Ellos se han ocupado de materias que les señala previamente la pauta trazada en Washington y mientras tanto los problemas fundamentales, los remedios eficaces que tiendan a detener la agresividad de las tendencias imperialistas que se desarrollan en el Mundo, dentro y fuera del Continente, pasan desapercibidos en el seno de esos Congresos y la América toda carece de un sistema de garantías que de acuerdo con la frase bolivariana 'sean el escudo de su destino'.

Pasará todo esto desapercibido en el Congreso que hoy se inaugura, no obstante haber sido el ideal de Bolívar y de su Congreso, la realización de ese sistema de garantías que asegure la realidad de la convivencia internacional y dé a los pueblos americanos una sensación de seguridad en el desarrollo de sus energías?

Queda abierto el interrogante.

Que los manes del Libertador del Continente inspiren los actos de estos hombres que cien años más tarde vienen a renovar el juramento que los Gual y Briceño,

Michelena y Domínguez, Larrázabal y Molina, Vidaurre y Pérez de Tudela formularon en las páginas del Tratado de 1826, el que contiene los más hermosos principios sobre los cuales elevar un monumento perdurable en beneficio de la paz del continente, si acaso al Congreso se ha venido con la sincera intención de rendir homenaje a los ideales del Libertador.

PANAMERICANISMO

Por JUAN DE D. GARCIA KOHLY, Delegado de Cuba al Congreso Bolivariano.

Tomado del "*Diario de la Marina*," Habana.

El General Machado, Presidente de la República, ha hecho recientemente al corresponsal del periódico mexicano "El Universal", unas hermosas y profundas declaraciones destinadas a la publicidad enalzando la brillante evolución que viene realizando en los últimos años la Nación Mexicana y en ellas se refiere de mano maestra a aquellos otros asuntos internacionales que preocupan a los teorizantes o a los hombres prácticos o sea el Latino Americanismo, Pan Americanismo e Hispano Americanismo.

Esas declaraciones revisten excepcional importancia por la gallarda y viril diafanidad con que el Jefe de nuestra Nación aborda ese trascendental problema, cuanto por la admirable y consciente precisión con que trata los tres conceptos a que se refiere.

En cualquier momento alcanzarían valor inestimable, en razón a la elevada investidura oficial de quien los formula y a la invocación que hace en su carácter de Jefe del Estado al emitirlas; pero en las circunstancias actuales, en vísperas de la celebración del Congreso Pan Americano de Panamá Conmemorativo del de 1826, y a las puertas de la VI Conferencia Pan Americana que se verificará en 1928 adquieren un interés preeminente que obliga a detener en ellas de manera reflexiva la atención de los que se ocupan de los problemas de la América.

Nuestro ilustre Presidente reconoce que el ibero-americanismo está llamado a un "éxito rotundo" y más aún el pan-americanismo, "tan pronto como abandonando el vehículo de la fantasía y el romanticismo tomemos esos conceptos en su verdadera y natural aceptación".

Esas dos grandes tendencias que nacen de distintas fuentes y que marchando por rumbos diferentes se dirigen a fines diversos son entre sí completamente independientes; pero son en lo fundamental compatibles y armonizables, siempre que se las conduzcan con sincera buena fe; por sus cauces naturales y se las encamine a sus fines propios.

Lo que no es lícito, es hacer juegos de palabras con esos vocablos ni menos ocultar bajo esos sugestivos enunciados ideas demoledoras impropias del concepto que ellos expresan.

Es necerario mirar de frente a plena luz con el corazón y la mente en alto el problema americano, como lo ha hecho el General Machado para borrar de una vez todo asomo de sectarismo.